

llegan – para asombro de la comunidad universitaria - hasta quemarlos. Fomentan, en cada ocasión, dentro de su esquema combativo clasista, una retahíla de paros, huelgas y sucesivas tomas del decanato.

Esas imágenes cargadas de violencia, no exentas de cierta manipulación periodística, se diseminan por la TV y otros medios masivos de comunicación. Contribuyen a estigmatizar al estudiante sanmarquino, injustamente, como vándalo y le cierra el reducido mercado laboral. Convierte al sanmarquino en un marginado para el empleo. Las empresas no desean asumir los costos y riesgos de contratar alumnos o egresados que estiman problemáticos.

### **3.5.- El terror irrumpe en clases. -**

Andando el mes de mayo de 1984, en el aula 141, turno noche, el salón se encuentra bullente y abarrotado de casi un centenar de estudiantes, esperando las clases de Derecho Comercial. De pronto irrumpe, pistolas en mano y embozados, un grupo terrorista. Sin pedir permiso se instalan raudamente en la tarima central. Un silencio sepulcral se adueña del recinto. Son tres jóvenes, una de ellas mujer.

El que preside el grupo, blandiendo en todo momento una pistola negra, es un joven con jean azul desgastado, relativamente alto, con zapatillas de marca extranjera. En forma robótica, trabada y nerviosa - se trata de recitar un guion mal preestablecido - comienza a lanzar una proclama subversiva.

La perorata senderista dura no más de tres minutos. Lo más incisivo consiste en repetir al unísono, como un corillo estridente, la

frase: “*Estamos condenados a vencer*”. Con ello se pretendía infundir ánimo en el triunfo, pero lo que hacía, en verdad, era desnudar el temor a la derrota evidente. Vociferaron sobre la contundencia de la guerra popular, del liberador pensamiento del presidente Gonzalo, de la cuarta espada universal y se retiraron, reiterando el mismo estribillo.

Algunos pensaron que ese slogan sería tal vez una variación de la conocida expresión del filósofo Jean Paul Sartre: “*El hombre está condenado a ser libre*”. Sin embargo, se trataba de cliché de guerra. Pero acaso ¿Tenía algún fundamento?

En el Perú republicano han triunfado los golpes de Estado, pero no los movimientos subversivos. Las guerrillas del 63, con el joven y fino poeta Javier Heraud (ELN), así como las encabezadas por el guerrillero Luis de la Puente Uceda (MIR), en 1965, fracasaron en forma estrepitosa. A su turno, sendero y MRTA serían también derrotados.

Incluso el APRA, en su etapa insurreccional, en los años 30 y con trechos democráticos hasta la revolución del Callao del 3 de octubre de 1948, a pesar de contar con arraigo popular, incluso devoción y fanatismo, y un férreo liderazgo de Víctor Raúl Haya de la Torre, tampoco pudo llegar al poder por esa vía.

En la promoción 1980 habían salido al menos un mando de cada grupo subversivo. En realidad, fueron solo dos chicas, demasiadas jóvenes, que sirvieron de carne de cañón. Sombras anónimas que nadie las conocía, ni tampoco les interesaba ser conocidas.

Solo nos percatamos de su existencia por las noticias. Una tratando de asesinar al dirigente aprista Alberto Kitasono, quien se salvó por su impericia con el arma, que se le trabó en el instante preciso. La otra, cuando fugó por un subterráneo de la cárcel de Canto Grande. Ambas, ya maduras, han renegado de ese pasado tempestuoso.

Los minúsculos mítines subversivos se llevaban a cabo en el Bosque de la Facultad de Letras, en un mar de banderolas rojas con la hoz y el martillo. Allí se daban cita los más inflamados discursos en favor del poder de la dinamita. Se podía oler la pólvora. Eran los heraldos negros que envía la muerte. Vendrían luego en el país los atentados selectivos, los primeros apagones generales, los coches bomba y la violación sistemática de los derechos humanos en actos de genocidio como Lucanamarca, Ayacucho, donde masacraron a machetazos a 69 bebés, niños, ancianos y mujeres.

Aquella noche en el aula, una vez que terminaron de mal recitar sus consignas militaristas, el comando terrorista hizo una colecta “voluntaria” y repartió el folleto *Desarrollemos la Guerra de Guerrillas*, mal escrito, lleno de insultos y plagado de citas de Mao. Acto seguido se retiraron raudamente.

A los segundos, el salón recobra el ánimo. Nadie se impactó ni se inmutó un ápice y, por seguridad, desde luego, todos callaron. La inmensa mayoría de estudiantes ya estaban acostumbrados a la gélida indiferencia o a un calculado desprecio interno por esos grupos violentistas.